

LOS MEJORES Y MAS GRACIOSOS

## Chascarrillos

## Baturros



- ¿Qué llevas en el saco?  
—En el saco llevo cebá, señor consumero.  
—¿Y por qué me lo dices al oído?  
—¡Otra! Pa que no se enteren las caballerías.

**Cuaderno 3**

*Colección Popular  
Semanal*

**15 cts.**

LOS MEJORES Y MAS GRACIOSOS

Chascarrillos

Baturros

RECOPILADOS POR  
«EL TIO MANELICO»

ILUSTRADOS POR  
J. A.

---

TERCERA SERIE

---

CENTRO EDITORIAL "FÉNIX"  
Aribau,12.-BARCELONA

LOS MEJORES Y MAS BRACOSOS

Chascarrillos

Batutos

RECOPIADOS POR

EL DO MARILO

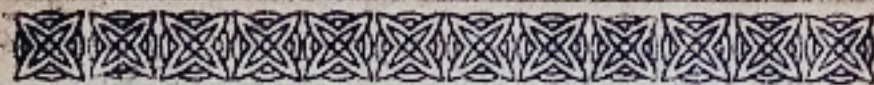
ILUSTRADOS POR

A

TRICIA SERE

CENTRO EDITORIAL "PENK"

ANEXO 12 - BARCELONA



### SACERDOTE COMPASIVO

Había una vez un cura que era un bendito; lo que se llama un alma de Dios; incapaz de hacer daño a nadie, ni proporcionar el menor disgusto a sus semejantes.

Llegó la Semana Santa y tuvo que pronunciar el sermón de las Siete Palabras, obligación anual que su ministerio le exigía para con sus feligreses.

El templo estaba materialmente lleno de fieles de ambos sexos, y el buen sacerdote contaba entusiasmado la Pasión y muerte de Jesucristo.

—¡Allí lo veríais coronado de espinas tan afiladas como los repullos esos que les claváis a las vacas, durante las fiestas del pueblo! Y un judío de aquellos le pegaba un bofetón a escansa arriero y el otro le decía palabrotas como esas que icís vosotros cuando jugáis al guiñote y sus cantan las cuarenta.

El cura seguía extendiéndose en detalles gráficos que exponía de forma tan patética y pintoresca que el auditorio lloraba a moco tendido, asemejándose el templo a un verdadero valle de lágrimas.

De pronto hizo un alto en su peroración y dirigió la vista a los fieles. Y como era tan bueno, se arrepintió de aquel mal rato que les estaba proporcionando.

Entonces quiso corregir su acción, se condolió de

aquella pobre gente y para consolarles les dijo con suavidad:

—¡Amos, hermanos míos, que jolín! No es pa tanto: alegráisus una miaja, porque tó eso que os he contaó, hace muchos años que pasó... ¡Y a lo mejor no habrá pasau!

### BUEN EXAMEN

El hijo de la tía Pascuala se presenta a examen, obligado por las circunstancias, porque él mismo comprende que no está preparado para sufrirlo.

Pero además de que no se achica por nada, porque es un frescales, su padre le ha dicho:

—¡Como ta den calabazas, te mataré a tozolones!

—¡Ten cuidao!—agrega la madre—. ¡Si le das un desgusto a tu padre, no paizcas por casa!

En cambio sus compañeros de clase le han dado ánimos, asegurándole que se sentarán detrás de él y le apuntarán lo que no sepa.

El presidente del tribunal le hace varias preguntas, a las que no sabe contestar, porque ni ha estudiado ni puede oír a los apuntadores, a causa de la enoción.

—¿Cuándo murió Cristóbal Colón?—le preguntan.

—Poco antes de enterralo—contesta con temor, como si creyese decir un desatino.

Los profesores se echan a reír.

—He dicho un disparate—pensó el examinado; y agregó en voz alta, como rectificando:

—¡Murió después de enterralo!

El presidente del tribunal se indigna.

—¡Vaya usted a cavar!

—¡Mil gracias; no lo gasto!

—¿Pero, cómo se ha atrevido usted a presentarse sin saber una jota?

—¡Anda, ridiez! ¿Ice usted que no sé una jota? ¡Tóqueme usted la rabalera a ver si sé cantala, moño!

### ANDA QUE TE ANDA

Al cabo de tres años de matrimonio va a hacerle una visita Vicentico a dos casados alegando que sus muchas ocupaciones se lo han impedido hacerlo antes.



Se sientan a tomar unas copas y hablar de sus cosas, cuando aparece la esposa con un niño en brazos.

—¡Rediez!—exclama el visitante, levantándose—.

—¿Pero es que ya tenís un crío?

—¡Miálo, miálo!—responde, orgulloso, el padre.

—¡Moño! ¡Y es muy majico!

—Así lo dicen tós.

- Y muy pequeñico.  
 —Pus mía tú, tan creaturica y ya anda.  
 —¿Y hace ya mucho tiempo que anda?  
 —Como unos seis meses.  
 —¡Reconcho, maño, miá que habrá ido lejos!

### ESA ES AGILIDAD

Dos baturros que han estado de criados de unos comisionistas de vinos, regresan de su larga expedición por Inglaterra y Francia y se convierten en los héroes del pueblo, pues nadie se cansa de oírles contar las cosas maravillosas que han visto.

Semejantes a los andaluces, exageran cuanto pueden e inventan a más y mejor, tomándoles el pelo a sus paisanos.

—¿Te acuerdas—dice uno de los baturros a su compañero de excursión—de aquel cojo que vimos en Londres? ¡Sus digo que tenía una andadura...!

—¿Qué hacía?—preguntó el coro general, curiosamente.

—Pus ná; figuraisus que atravesaba un río de más ancharia que el Ebro sobre una maroma y con la única pata que tenía.

—¡Rediez! ¿y no se caía al agua?

—¿Pa qué?

—¡Otra, pa ahogase!—observó uno.

Entre los oyentes había un viejo socarrón que escuchaba todas las sandeces que referían.

Al llegar a ésta, exclamó sin poderse contener:

—¿Sabís lo que sus digo? Que yo también he visto a ese mismo tío en París atravesando otro río que hay ayí mu grande.

—¿Con la única pata que tenía?—interrogó otro de la reunión.

—¡Quiá! ¡De esa manera no tié dengún mérito, mañico! Cuando yo le ví se apoyaba en la pata que le faltaba.

### HORA SEGURA

- ¡Eh, tío Melencio! ¡Tío Melencio!  
 —¿A qué vienen esas voces? ¿Pa qué gritas tanto? ¿Qué qués de mí?  
 —¿Sabe usted qué horica ha dau?  
 —La una.  
 —¡Si es que mi han dicho que eran las dos!  
 —Pues ya pues estate seguro, maño, que ha dau la una. La hi oído dos veces deseguidás... Donque ya ves.

### ¡QUE LLEGA EL AFILADOR!

Llega un ciclista a un villorio de Aragón, donde en su vida han visto una bicicleta y hace alto para echar un trago en el único mesón que existe allí.

Mientras desmonta y amarra la máquina para que no se la roben, ve salir al ventero con un par de cuchillos.

Al notar el ciclista que se dirige a él se pone en guardia, porque no comprende a qué viene aquello.

—Pero, oiga usted...—le dice, alarmado.

El dueño del mesón, que lo ha tomado por un afilador, arrima las herramientas al pie de la bicicleta y exclama:

—¡Rediez! Has llegau a tiempo, maño; ya pues aflame estos cuchillicos, que no lo perderás.

El ciclista, indignado, monta en la máquina y sale de estampía.

Asombrado el ventero, empieza a gritar a la familia:

—¡Mañicos, salid y verís un felómeno!  
 —¿Owálo, cuáló?—dicen los chiquillos, mirando en la dirección que les señala el padre.  
 —¿Vís aquello?—añade éste—. Pues es un aflador que se ha vuelto loco y si ha montau en la amolaera.

### NO IMPORTA EL NOMBRE

Un baturro hace un viaje a cierto pueblo aragonés donde tiene un buen amigo, y se le ocurre visitarlo, aprovechando las circunstancias.



—¡Hola, mañico, tanto gñeno! ¿Qué te trae por aquí?  
 —De compras—dice el forastero.

—Pus lo que es yo no pueo vendete ná, porque la crecía del río me ha destrozao.  
 —¿Habéis tenío enundación?  
 —Y grande. ¡Maldito río!  
 —¡Miá que es lástima! ¿Y cómo se llama ese pajuelero río?  
 —¿Pero es que quiés llamalo, ridiez!—le dice asustado, el baturro.—¡Ejalo, éjalo, que masiauí viene!

### BUENA ELECCION



—¿Qué quiés más—le preguntaba una madre a su hijo—, caldo o pan?  
 —Madre, me dé unas sopicas.

## ENTUSIASMO FAMILIAR

La familia del tío Gazapo se enteró con la natural alegría, de que Pascualico, el sobrino que se fué a Madrid a estudiar para el teatro, había llegado a la cumbre del arte lírico y era un tenor que se lo disputaban todas las Empresas.

Deseando estaban verle, para abrazarle y comérselo a besos, pero estaban siempre tan lejos, que se limitaban a enviárselos por carta certificada, para que no se perdiesen.

Pero, como todo llega en este mundo, llegó la hora de realizar sus propósitos, pues Pascualico, o el tenor Pascualini, como se le conocía artísticamente, fué con su compañía a Zaragoza para dar un corto número de representaciones de ópera.

Al enterarse de ello el tío Gazapo, dispuso trasladarse a la capital con su mujer, hijos, primos y demás parientes. Se trataba de un suceso extraordinario, que revestía los caracteres de verdadera solemnidad.

—Hay que llevale algún presente.

—¿Pero, qué le faltará a él? Pajaricos de las nieves que se le antojasen, se los presentarían.

—¡Siquiá, algo que le rienerde su pueblo!

Y se acordó llevarle un gran cesto de melocotones abrideros que eran una bendición.

Nuestros baturros se presentaron en Zaragoza el mismo día en que se celebraba el beneficio de Pascualini, y a causa de una avería que les ocurrió en el camino, llegaron justamente a la hora de la función, y a duras penas pudieron conseguir localidades de delantera del paraíso.

Dejaron el carro y los avíos en la posada y sólo se llevaron consigo el cesto de melocotones para dárselo después de la función, ya que acordaron ir al escenario cuando hubiese terminado todo.

—Ya verís la sorpresa que li vamos a dar—decía el tío Gazapo, regodándose por anticipado.

Empezó el espectáculo y todos estaban suspensos y admirados, porque verdaderamente el tenor cantaba magistralmente.

Al buen viejo se le caían las lágrimas y no podía contenerse.

—Ahí lo tenís. ¡Si paice mentira...! ¡Cudiao que tenía una voz cuando tetaba...! ¡Quién lo había de icir?

Cada salida del tenor era una ovación por parte del público.

Legó el final, y, como ya hemos dicho que era su beneficio, de palcos y butacas empezaron a arrojarle una verdadera lluvia de palomas, coronas y ores.

El tío Gazapo no pudo resistir por más tiempo y abriendo el cesto de los melocotones exclamó, entusiasmado:

—¡Pus nosotros no himos de ser menos! ¡Tirar, piazos e bestias!

Y empezaron a arrojar furiosamente los melocotones al escenario, gritando:

—¡Que son pa tú, Pascualico! ¡Pa tú solico...!

## PARA EL CASO ES IGUAL

Lega un inglés a Tarazona, y de pronto, siente una imperiosa necesidad que nadie podía hacer por él, ni tenía aguante.

El hombre chapurrea muy mal el castellano; busca con la vista uno de esos quioscos evacuatorios que existen en las grandes poblaciones y no encuentra ninguno.

Entonces, se dirige a un baturro que acierta a pasar por aquel sitio, y, descubriéndose, cortésmente, viene a decirle una cosa así:

—Osté dispensar, señor...; yo querer un... retreto.

El mozo, que se las echa de listo y servicial lo comprende en seguida.

—Será osté servío, maño. Sigame osté.

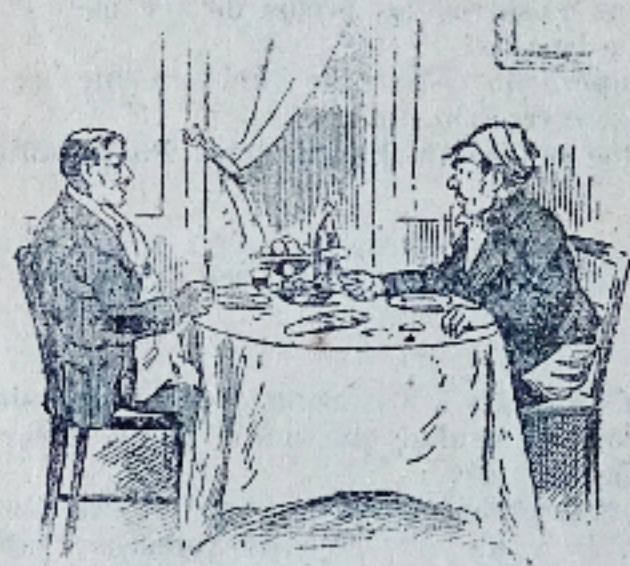
Y lo introduce en la primera fotografía que encuentra, con gran asombro del extranjero.

—¿Qué ocurre, Manolico?—le pregunta el fotógrafo.

—Ná, que este señor quíe hacerse un retrato y mí acordao de osté.

### ¡VAYA UN COMENSAL!

El alcalde de un pueblo rural trabajó tanto por el triunfo del candidato que le habían impuesto, que le consiguió la suspirada acta de diputado.



Agradecido éste le invitó a comer un día en su casa y allá se fué el buen baturro.

La comida, como se comprenderá, era succulenta y variada, porque ya se había enterado el anfitrión de que su comensal tenía buen saque.

El alcalde comía como un desesperado y llevaba ya despachados cinco platos, de los llamados fuertes, cuando el diputado alargó el vaso diciéndole:

—Vamos, beba usted.

—¡Quiá!—replicó el alcalde—. Yo ná más acostumbro a beber a metá de la comía y en cuantí que se acaba. No mí gusta ser ansioso...

### ¿QUIEN LLAMA A LA PUERTA?

La familia está reunida aquella noche al amor de la lumbre, porque el Moncayo aprieta de firme.

Está ya muy avanzada la noche, cuando de pronto suenan fuertes aldabonazos en la puerta.

—¡Han llamau!—dice la esposa.

—¿Qué trípica se le habrá roto a estas horas a que sea?

—Pus no creo que sea el tío Valero—exclama el marido con una convicción absoluta.

—¡Jolín!—replica aquélla—. ¿No sabes que el tío Valero se murió hace más de seis meses?

—Pus por eso digo que él no será.

### UN ALCALDE ILUSTRADO

En la plaza del pueblo están reunidos los mozos, esperando la hora de la misa.

Mientras tanto se entretienen en juegos de todas clases.

Uno de ellos consiste en formar una pirámide humana, subiéndose uno encima de otro.

Quando ha llegado el último a la meta, todos prorrumpen en aplausos, celebrando la fuerza del de abajo y el equilibrio de los demás.

El alcalde, que presencia el juego, exclama:



—¡Pero si aun podís subir más arriba!

—Sí, pero no semos bastantes mozos—observa uno.

—¡Rediez! ¡Cuidiao que seis brutos!—añade el alcalde—. ¿Es que no se puén subir pa arriba los de abajo?

### COMO SANTO TOMAS; PROBAR

El tío Ambrosio tiene un dolor de tripas que se lo lleva Pateta.



Son tales los berridos que dá, que la familia, alarmada decide llamar al médico.

Se presenta éste en casa y después de reconocer-

lo superficialmente le manda un vomitivo que le hace arrojar hasta la primera papilla.

Entonces examina lo que vomitó y llamando aparte a la mujer, le dice:

—¡Este hombre está envenenado! Por si se trata de un crimen hay que dar parte al juzgado.

—Pero si aquí naide le quiere mal; eso no púer ser, señor doctor.

—Le repito a usted que está envenenado; por fortuna se ha acudido a tiempo y se salvará. Que vayan por otro vomitivo.

Se lo administran y de nuevo empieza a arrojar por aquella boca una de cosas sucias...

Pero una buena tisana le entona un poco y entonces recobra el conocimiento y el habla el tío Ambrosio.

El médico le interroga, para confirmar su diagnóstico:

—Vamos a ver, tío Ambrosio. ¿A usted le ha dado alguien algún veneno?

—¡No, que mi lo hi dau yo mesmo!

—¿Quería usted suicidarse?

—¿Yo? ¿Pa qué?

—Entonces no me explico...

—Pus que como el matarratas que merqué la vez pasá no dió resultao, me dije yo: Ahura voy a compralo yo, y pa que no vuelvan a engañame lo probaré yo mismo pa ver si resulta.

—Ya lo creo; como que a poco más se va usted al otro barrio.

—¡Ah! ¿Luego es de confianza? ¡Pus, misté, si no hago la prueba, cualquiera hubiá llegau a sa-belo!

### EL CORREO INTERIOR

El señor toca el timbre y se presenta el criado, un mastuerzo con más conchas que un palápago.

—Toma esta carta—le dice, entregándole al mismo tiempo diez céntimos—; le pones un sello de interior y la echas en el buzón.

El criado decide guardarse los quince céntimos y llevar él mismo la carta.

De vuelta a la casa, le pregunta el amo:

—¿Echaste la carta?

—No, señor, no la hi echau.

—¿Por qué causa?

—Porque en vez de ir al correo he ido a la casa que marcaba el sobre para que la recibieran más pronto.

—¿Y los quince céntimos?

El mozo, no sabiendo cómo salir del paso, exclama:

—Los hi echau en el buzón del correro por si venían a reclamarlos...

# Colección Popular Semanal

Preciosos tomitos de 24 y 16 páginas  
con cubiertas en colores.

## PRIMEROS VOLÚMENES

Las mas célebres y graciosas agudezas  
de Quevedo

Las más graciosas y agudas simplezas  
de Bertoldo

Las más morrocotudas gansadas de Gedeón

Las más famosas y chuscas sandeces de Calínez

Los más antineurasténicos disparates  
de Cacaseno

Las más despiporantes mentecateces  
de Bertoldino

En preparación  
otros interesantes títulos

Centro Editorial "Fénix." -- Aribau, 12 -- Barcelona

R. 139534 CB. 3621288

F 174800 (V.3)

FJOTA.F-205